

EN EL UMBRAL, primeras palabras

Los únicos cómics que recuerdo de mi infancia eran los de una colección titulada “Vidas Ejemplares”: unos tebeos donde se resumían las vidas de los santos católicos pasadas por el tamiz del nacional-catolicismo franquista y supuestamente adaptados a los niños. Estas “vidas ejemplares” eran, obviamente, las vidas de los santos: los mártires que tras su vida milagrosa habían muerto heroicamente en manos de los paganos –romanos primero, comunistas después–; los fundadores de las congregaciones religiosas católicas que habían subido a los altares, o la vida ejemplar de algún hombre o mujer del régimen que había desarrollado su carrera lleno de fe por el bien de la causa.

Todas eran vidas exageradas, ejemplos que me provocaban terror y asombro al mismo tiempo, y que establecían en mi mente el horizonte imposible, pero al mismo tiempo fascinante, de la santidad. La iglesia a la que asistía, un espacio inspirado quizá en las naves industriales del entorno, estaba presidida por un Cristo crucificado enorme y, sobre él, una vidriera que representaba el martirio de san Fermín, arrodillado serenamente mientras el verdugo levantaba la espada para decapitarlo.

En el colegio salesiano que el mismo Generalísimo había inaugurado en 1960 en Rentería, y que abría un nuevo horizonte para los miles de chavales de la comarca que no íbamos a tener ninguna posibilidad de acudir a los colegios de élite que otros religiosos tenían en la capital, el primer libro de lectura con el que practicábamos la lengua española era *Juanito*, una biografía de don Bosco, presentado como un niño dotado de poderes extraordinarios capaz de desafiar a los que pretendían distraer a los jóvenes de la Iglesia, y dispuesto a todas las renunciaciones para seguir su vocación salvadora de los jóvenes “pobres, abandonados y en peligro”. Esos jóvenes éramos nosotros. El modelo de santidad que se nos predicaba era el de un joven alumno de don Bosco, Domingo Savio, muerto a los catorce años, cuyo lema era “Antes morir que pecar”. En aquel colegio llamado “Ciudad Laboral Don Bosco”, cientos de chavales pasábamos casi todas las horas de los siete días de la semana entre las clases y la misa diaria, el deporte y las primeras películas que veíamos los domingos tras pasar por la función religiosa.

Que el jefe de estudios, principal encargado de la disciplina, fuera un sádico que nos golpeaba arbitrariamente a diario, o que el catequista que intentaba captarnos para ir al seminario –yo fui de los que me dejé seducir– resultase después cómplice de los abusos sexuales sobre los niños de otro colegio salesiano cuando él era director allí, no era algo ante lo cual los niños o nuestros padres pudiéramos plantearnos preguntas. Era lo que

había: violencia y oración, silencio y disciplina, hiperactividad y aprendizaje de las leyes de supervivencia en el lugar y el tiempo que nos había tocado en suerte: un lugar lleno de fábricas y talleres que, para entonces, requería de unos jóvenes preparados para el nuevo capitalismo fordista. No proletarios analfabetos, mera carne de cañón para minas o factorías de la primera revolución industrial, sino obreros autodisciplinados y alfabetizados, futuros oficiales o jefes de taller, católicos padres de familia. Las mujeres eran preparadas para su misión de sumisas amas de casa en colegios públicos o de monjas, completamente segregados de los nuestros. Las chicas no eran parte de nuestro paisaje.

No es de extrañar que cuando aquel sistema se tambaleó en los últimos años 60 y primeros 70 del pasado siglo, los jóvenes católicos más sensibles a los nuevos tiempos abandonáramos en masa aquellas instituciones incapaces de mantener la flexibilidad necesaria para adaptarse a los nuevos tiempos que se avecinaban. Por un lado, el evangelio que habíamos mamado nos conducía a simpatizar con lo más bajo de la sociedad, mientras que la Iglesia se mantenía mayormente apegada al poder. Por otro, la propia sociedad industrial en la que habíamos nacido entraba en una profunda crisis: la industria pesada comenzaba a ser desmantelada y las nuevas élites trabajadoras occidentales debían convertirse en empresarias de sí mismas para adaptarse a los tiempos en los que el antiguo proletariado sería desplazado a las periferias de nuestro mundo. La Iglesia católica estaba demasiado acostumbrada a las formas y las gratificaciones de un poder sostenido en la represión del cuerpo y el disciplinamiento de la familia y la sociedad. Le resultó casi imposible adaptarse a los cambios de las últimas décadas del pasado siglo, y se resignó a un *aggiornamento* forzoso: los seminarios y las iglesias se vaciaron y la autoridad moral indiscutible que conocieron aquellos miles de clérigos en su juventud se vino abajo. Muchos colgaron los hábitos y se convirtieron en líderes políticos y sindicales, en nuevos clérigos de una sociedad postindustrial que reclamaba otras maneras. La religión omnipresente hasta los 70 pareció eclipsarse, pero pocas décadas después, el leit-motiv de la “vuelta de la religión” se entona cada poco, desde los 90 del siglo pasado hasta el presente, y todo parece indicar que continuará cantándose de aquí en adelante.

Sin embargo, en estas décadas –las que cuento desde mi primera juventud hasta el presente– han ocurrido transformaciones de fondo que hacen impensable la vuelta a mis viejos tiempos. Si “volviera la religión”, dicha vuelta poco tendría que ver con la hegemonía de una Iglesia como la católica o cualquier otra. Lo que conocimos los más viejos hace décadas no volverá. Ahora, la “religión verdadera” tiene otros ritos y otros templos, otros mandamientos y otras autoridades.

En las páginas que siguen trataré de seguir la pista de estas transformaciones fijándome en asuntos acaso marginales, pero que han atravesado mi propia biografía: desde aquel catolicismo que todo lo impregnaba al activismo político de los últimos 70 y los primeros 80; desde aquellas militancias a la exploración de algunas “sabidurías orientales” como el taoísmo y el budismo. Pero, a la vez que hablaré de mi experiencia particular, trataré de poner algo de luz en las transformaciones que incumben a muchos y que, tras la luz, el humo o el ruido de la “nueva espiritualidad”, marcan los nuevos tiempos. Es una necesidad de balance interno lo que me pone a esta tarea, pero también

la sensación de que los extremos a los que me he visto abocado en mi recorrido vital pueden resultar iluminadores para otros.

Conceptos como “catolicismo”, “activismo militante”, “taoísmo” o “budismo” tienen significados muy diversos en función de las fuentes y las experiencias de cada uno para los que representan algo. Sobre cada uno de esos conceptos han corrido ríos de tinta y lo seguirán haciendo: desde que los “textos sagrados” estuvieron al alcance de los que sabían leer tras la invención de la imprenta, en el caso del catolicismo, la exégesis y los comentarios sobre los mismos no han dejado de multiplicarse. En el caso de las tradiciones orientales, unos pocos primero, pero más gente cada vez, se han ido acercando a sus países de origen y han adaptado o “traducido” sus términos a un tipo de vida occidental contemporáneo. No queda rincón de Europa en los últimos decenios en que no se ofrezcan clases de yoga o cursos de meditación budista, entre infinidad de ofertas “religiosas” de origen oriental, aunque también de otros lugares exóticos ligados a diversas formas de espiritualidad o trance chamánico.

Mi caso está entre los que han explorado algunas de estas tradiciones, con una característica que se ha ido repitiendo a lo largo de las distintas fases de mi recorrido. Ocurrió cuando intenté, en mi infancia y primera juventud, ser un católico ejemplar. La quiebra del catolicismo omnipresente coincidió con los años convulsos del final de la dictadura franquista y el inicio de lo que en España se llamó “transición democrática”. Fui uno de los que dejaron atrás la religión y unió sus fuerzas a quehaceres revolucionarios. Una época no demasiado larga en años, pero de gran importancia porque, desde mis dieciocho a mis veinticinco años, viví, con muchos otros, circunstancias de alta intensidad que marcaron los horizontes de los años de madurez.

La característica común a la que me he referido tiene que ver con la vivencia del límite de cada una de las etapas. Entregarme a una causa que requería de la máxima disponibilidad y que condicionaba todos mis quehaceres me fue conduciendo, sin preverlo, a los límites del ámbito en el que me desenvolvía. La Iglesia católica se me mostró incapaz de realizar su propio ideario y, coincidiendo con el acceso a la edad adulta, permanecer ahí terminó representando un lastre. Cuando, a los diecisiete años, tuve que decidir entrar a formar parte o no de una congregación religiosa –los salesianos a los que me he referido– ya era consciente de las condiciones mínimas exigibles para que aquella decisión resultase coherente con los principios y las experiencias que se habían ido consolidando en mí. Desde los quince años, dediqué los veranos a trabajar en alguno de los talleres de mi vecindario, además de participar en grupos de jóvenes que buscaban el compromiso social y político desde el catolicismo. Eran los años del Chile de Allende y de la revolución de los claveles portuguesa, y los ecos de la teología de la liberación y del mayo francés ya se percibían entre nosotros. 1970 había sido un año crucial en el País Vasco, al celebrarse el Proceso de Guerra de Burgos contra los militantes de ETA, acusados de matar al policía torturador más conocido de nuestra comarca. La huelga general y la represión que la acompañó marcó el ambiente de los años posteriores por más de una década y, aunque yo sólo tuviera catorce años en el 70, aquellos acontecimientos no dejaban de conmoverme.

En 1974, un año antes de la muerte del dictador Franco, la decisión de dejar el seminario y convertirme en un obrero de fábrica chocó violentamente con las aspiraciones que sobre mí proyectaban mis educadores y mi familia, pero pertenecía al curso natural de los acontecimientos. Muchos jóvenes, con la incipiente conciencia del injusto orden social y político que padecíamos, estábamos entonces dispuestos a opciones radicales, y no resultaba extraño dejar las aulas y convertir la fábrica en nuestra verdadera universidad. Sumergirme en los ambientes obreros –que no eran otros que los de mi propia familia y el lugar en que había crecido–, tomando compromisos cada vez más exigentes, me fue conduciendo también a los límites de aquella militancia. No me conformé con una actividad sindical en mi propio taller, ni con el compromiso con las movilizaciones populares, muy activas en la época, exigiendo mínimos de salubridad para barrios obreros que habían sido construidos por especuladores sin escrúpulos con la connivencia de los poderes públicos. Rentería, el pueblo a las afueras de San Sebastián donde vivía, llegó a ser conocido como la “pequeña Belfast” y, en los años de mayor intensidad (1977-1980), las huelgas obreras y las movilizaciones masivas eran constantes. La asamblea del pueblo que coordinaba aquellas luchas –un verdadero *consejo obrero*– reunía a miles de personas que controlaban la actividad pública en los días de huelga general: desde los accesos por carretera a los horarios de comercio. La Guardia Civil permanecía acuartelada y cuando el gobernador civil enviaba a la policía nacional a poner orden, se organizaban batallas campales que a menudo acababan con heridos y muertos por sus disparos.

En aquellas movilizaciones, yo era uno de los que priorizaban su organización y la participación más activa sobre cualquier otro asunto; con la intensidad que aquello conllevaba de encuentros, estudios y discusiones. Vivía con otros compañeros y compañeras de mi edad en pisos compartidos donde los modelos de propiedad, relación o familia también eran cuestionados y discutidos. La revolución no era algo que se proyectaba hacia un futuro más o menos lejano, sino el quehacer que nos proponíamos cada día. Aún no habían cuajado las llamadas “instituciones democráticas”. Las instituciones gestoras del régimen democrático, como partidos políticos o sindicatos obreros, aún no dominaban la escena, y los más radicales de entre nosotros impulsábamos otro modelo. Desde una lectura muy crítica de las experiencias revolucionarias del pasado europeo, abogábamos por la acción y la representación directas que permitieran, a la vez, el proceso de concienciación necesario y la organización ajustada a las necesidades de cada momento.

El proyecto de autonomía de clase se reflejaba en experiencias tan notables como la huelga de Vitoria de 1976, las propias huelgas del metal de Gipuzkoa y Bizkaia de 1978 o las movilizaciones de los barrios obreros en los suburbios del País Vasco.

Aquel movimiento llegó también a su propio límite. No sólo porque las circunstancias históricas con sus pactos políticos y sociales condujeron a lo que después se ha denominado el “régimen del 78”, el modelo de orden político y social más o menos homologable al conjunto europeo que conocemos desde entonces. También implosionó ante su propia incapacidad de comprender las propias limitaciones y sus posibles desarrollos posteriores. Cuando movimientos como aquellos son derrotados, lo

improbable es que sus protagonistas más implicados continúen compartiendo espacios de búsqueda y compromiso. Al aturdimiento producido por el fracaso no le sigue la reflexión y la búsqueda compartida de alternativas. Cuando éstas florecen, lo hacen de la mano de nuevas generaciones, en entornos distintos, y tras una reconfiguración que incluye los afectos y las relaciones, incluso los desplazamientos hacia nuevos entornos geográficos. Es lo que a mí me ocurrió. Habiéndome topado una vez más con los límites de un compromiso y el entorno en el que se producía, viví un tiempo de búsqueda un tanto errática: tiempo de viajes y de participación en diversas experiencias comunitarias alternativas.

Esta transición me condujo, en la segunda mitad de los 80, al encuentro casual con gentes que comenzaban a tratar con su cuerpo de forma que la presión emocional con la que habíamos cargado en nuestra vida hasta el momento pudiese ser aligerada y comprendida. No podía reducirme a achacar los fracasos vividos hasta entonces a las meras circunstancias externas, como hacían muchos de mis antiguos compañeros. El contraste con otros paisajes –recuerdo los tres meses que viví en una aldea del trópico africano– y el encuentro con gentes con otras sensibilidades –artistas, viajeros, yoguis...– provocaban preguntas para las que carecía de posibilidades de respuesta: ¿cómo cambiar el mundo sin una mirada más profunda y realista de la propia interioridad?, ¿cómo cambiar a otros si uno ni siquiera sabía qué estaba impidiendo las propias transformaciones? Conocíamos la frustración y el dolor en nuestros propios cuerpos, pero no teníamos las claves para encararlos.

No se trataba de preguntas retóricas, de cuestiones planteadas en foros intelectuales o académicos. Eran preguntas atravesadas por dolorosas rupturas y una profunda sensación de desorientación. Había dejado la fábrica y a los compañeros de Rentería; trabajé unos años en el cuidado de bebés, pero era el movimiento y el viaje los que mejor canalizaban mi propia inquietud y mi búsqueda interior. No estaba aún en condiciones de concebir un futuro profesional, como parecía lo propio de mi edad.

Una nueva transición fue cuajando cuando entré a formar parte de una comunidad que, más allá de las apariencias, se proponía un aterrizaje forzoso para decenas de jóvenes desorientados como yo: nuestros ideales revolucionarios se encontraban desfasados con respecto a un mundo emocional apresado en cuerpos rígidos, con graves dificultades para su expresión. Una vez más, no bastaba con pensar, era urgente alguna suerte de realización práctica y compartida. En aquella comunidad¹ fui empujado a aligerarme de ropa y a bailar, a respirar intensamente para desbloquear los apretados nudos emocionales, a aparcas por un tiempo los discursos con los que estaba familiarizado y a escuchar voces que, curiosamente, hablaban de cierta realización anclada en lo más íntimo.

Los tiempos permitían a gentes como yo virajes de esta índole, incomprensibles para la mayoría de los que me habían conocido años atrás. Ahora entiendo que tales

¹ La “Comunidad del Arco Iris” que se autodenominaba *Sadhana Tantra Ashram* (“centro espiritual tántrico de autodisciplina consciente” podría valer como traducción), estaba instalada en un convento alquilado del valle de la Ulzama en Navarra. Por sus cursillos pasaron miles de jóvenes entre 1978 y 1985. Después se trasladó a Cataluña y se disolvió en 1987. Viví allí tres años, del 84 al 86.

virajes eran muy apropiados para alguien como yo, cargado de convicciones, pero necesitado de movimientos drásticos que abriesen grietas en los marcos con los que necesitaba romper para poder seguir respirando. Dejar a un lado las precauciones ideológicas y entregarme a la danza, a técnicas de contacto corporal o a la meditación alrededor de la pregunta esencial –“¿qué o quién eres tú?”– me permitirían un reinicio, una suerte de vuelta a casa tras años de vagabundeo. Con varias décadas de retraso se nos permitió ser *Vagabundos del Dharma*, aunque las condiciones del mundo poco tendrían que ver con las de los beatniks norteamericanos de los últimos 50. Convivir con gentes *en el camino* que, de otra forma, jamás hubiera encontrado, a personas apenas diez o quince años mayores de origen asiático capaces de enseñarnos nuevas “antropotécnicas”², acercamientos insólitos a la propia sensibilidad y a las de otros parecían dejar un terreno despejado para otra “Gran Transformación”. Los años 90 me permitieron una dedicación intensiva a practicar y enseñar algunas de aquellas técnicas: fundar una escuela de tai chi chuan, chi kung y meditación recuperando los componentes de implicación social y política que traía conmigo, pero a través del exotismo de prácticas que se asociaban al taoísmo y al budismo... para dar finalmente con los límites con los que me había encontrado en épocas anteriores.

¿Se trataba siempre de los mismos límites, unos límites que tenían más que ver con la forma en que encaraba mis proyectos vitales, o eran más bien eran los límites propios de los distintos momentos, diversos en cada época, en cada edad y en cada contexto social?

Resumiendo, diría que todos mis esfuerzos por conducir coherentemente a sus consecuencias naturales las propuestas en las que me he ido comprometiendo, se han topado con un límite que no podían traspasar. Mi propio intento de coherencia me ha conducido a quedarme fuera de cualquier adscripción, y, a día de hoy, no estoy legitimado para hablar como católico ni como revolucionario, como taoísta ni como budista, pues me he visto rechazado siempre por los administradores de sus ortodoxias. O, más bien, yo mismo me he ido retirando discretamente de los colectivos que he promovido o de los que he sido partícipe hasta quedarme en una tierra de nadie cuya atmósfera, curiosamente, resuena con frecuencias musicales que no puedo dejar de considerar católicas, revolucionarias, taoístas o budistas. Sigo leyendo con fascinación los relatos bíblicos y evangélicos, interesado en nuevas “vidas ejemplares”, discutiendo con mis antiguos colegas de lucha obrera, compartiendo experiencias de veteranos meditadores budistas o de eremitas inspirados en el Tao... Fuera de todo, dentro de todo. O, quizá, en el umbral.

² Es el término que utiliza Peter Sloterdijk para hablar de las religiones en *Has de cambiar tu vida* de 2009 (traducción castellana de 2012 en Pre-Textos). Volveré sobre esta cuestión en el siguiente capítulo.

Me propongo hablar desde ese umbral: un espacio liminar, una *tierra de nadie*. Hablar de “religión y espiritualidad” en tiempos modernos (o postmodernos) es también situarse en un lugar problemático. Por un lado, porque la Modernidad europea nació como reacción al baño de sangre y destrucción provocado por las “guerras de religión” que asolaron Europa en los siglos XVI y XVII. A partir de ahí, los defensores de la religión se alinearon con las fuerzas más reaccionarias, hasta la “cruzada antimodernista” encabezada por el papa Pío IX a lo largo de todo el siglo XIX, y continuada por sus sucesores, con distintas modulaciones, hasta hoy.

Para pensar sobre religión y espiritualidad, no me sitúo entre los que aplauden “la vuelta de lo religioso”. Tampoco lo hago desde una posición académica, protegida tras el parapeto de alguna corriente más o menos instituida en la Historia, la Antropología o la Filosofía, pero procuro no pecar de la ingenuidad de pensar que soy ajeno a esas corrientes en pugna. Los autores que más mencionaré en las páginas que siguen son todos muy controvertidos: Iván Illich o Peter Sloterdijk entre los más recurrentes. Pero también Slavoj Žižek, Harold Bloom y bastantes otros. Teólogo, arqueólogo radical de las instituciones que cimientan la sociedad postindustrial, crítico malentendido con las teorías de género, el primero. Acusado lo mismo de ser “foucaultiano de derechas” que “liberal de izquierdas” el segundo, denostado por la academia europea tras su conferencia sobre las *Normas para el parque humano* de 1999³, acusado de participar y alabar su experiencia juvenil con el gurú hindú Rajneesh... No seré yo quien los juzgue ni para acusarlos ni para defenderlos. He recurrido a ellos, entre otros, porque me han ayudado a ampliar mi horizonte y lo siguen haciendo.

El soporte fundamental de las páginas que siguen es mi propia experiencia en los últimos cuarenta años. Una experiencia que incorpora al cuerpo en el proceso de pensamiento. Me he movido siempre en medios que tienden a menospreciar la reflexión crítica. Medios dominados por un esencialismo que desprecia al intelecto y la palabra poniendo énfasis, cada vez, en otra cuestión *esencial* que dotaba de sentido: la acción, el cuerpo, la emoción, la devoción... Para colmo, he practicado y enseñado técnicas basadas en corrientes filosóficas y espirituales orientales que seducen a tantos por el agradable aroma que parecen destilar. Las posibles incongruencias que las atraviesen no es asunto de los fascinados.

Formado en las corrientes apocalípticas del catolicismo y el mesianismo revolucionario, necesité aligerar ese peso, aunque no sé si lo he logrado. “La escalada de esta profunda guerra mundial entre lo ligero y lo pesado ha entrado en una nueva fase”, afirmaba Sloterdijk en 2003⁴. “En ella, los frentes hasta ahora conocidos se han invertido en numerosos aspectos. La antigua derecha se hace más ligera y flexible, mientras que algunos miembros pertenecientes a la antigua izquierda descubren el campo de la pesadez: es ese factor el que marca el punto de rotación dentro del torbellino actual”. Los años posteriores a estas palabras no han hecho más que acelerar la velocidad del torbellino; un torbellino en el que he tomado parte activamente.

³ Publicado en castellano por editorial Siruela, 2000.

⁴ *Experimentos con uno mismo. Una conversación con Carlos Oliveira*. Editorial Pre-textos.

El lugar que correspondió a mi generación ya partía de una pesadez extrema, de forma que cualquier intento de aligeramiento era juzgado directamente como traición. Aunque, por mi parte, haya tratado de aligerar, también evito frivolizar, así que las páginas que siguen puede que hagan pensar a más de uno que sigo anclado en la pesadez.

Juan Gorostidi Berrono

Azala, febrero de 2026